

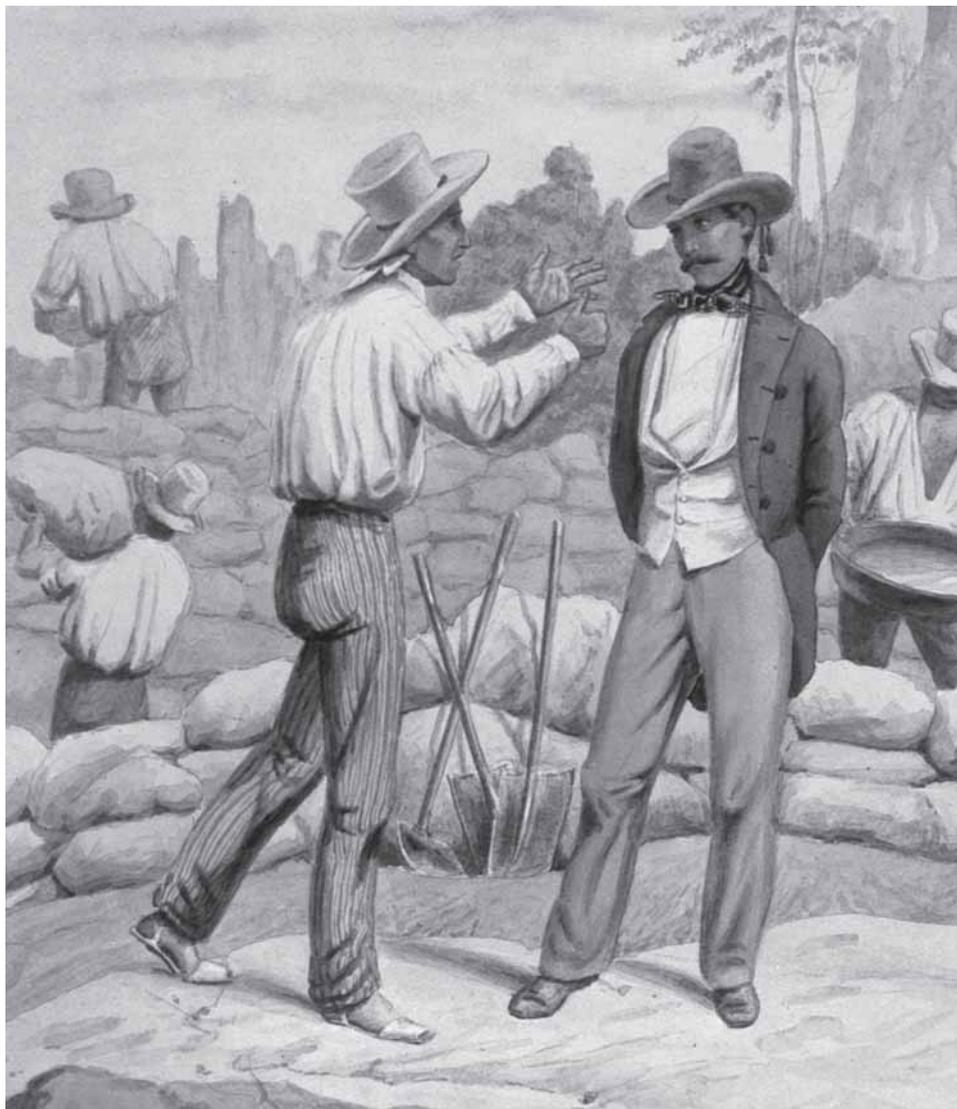
# Sobre el proverbio

Adolfo Colombres  
Escritor, antropólogo y filósofo  
Argentina



***En adagios o proverbios se han expresado los pueblos desde las más antiguas civilizaciones conocidas y, a través de ellos, no sólo podemos percibir las costumbres y los valores de una sociedad dada, sino también intuir la estructura de su pensamiento***

**E**l proverbio es acaso el más antiguo de los géneros literarios. En las más de cinco mil tabletas de arcilla de escritura cuneiforme que dejaron los sumerios, inscrita en forma de cuña entre los años 2700 y 2300 a. C., se encontraron ya largas series de proverbios, como una literatura epigramática. O sea, son contemporáneos de *La epopeya de Gilgamesh*, la obra de este tipo más antigua que registra la literatura escrita. Desde ya, antes de alcanzar las primeras formas de escritura el proverbio debió circular muchos siglos, y quizás milenios,



por el sistema oral. Por su brevedad y densidad de sentido, no sólo logró atravesar casi indemne los abismos del tiempo, sino que actuó como elemento generativo tanto de la poesía popular como de la culta, y se lo ve también citado, a menudo como factor estructurante, en los relatos en prosa. Por la sabiduría que expresa, fue adoptado por los libros sagrados. Está así presente en el Antiguo Testamento en el libro titulado precisamente *Proverbios*, una serie de exhortaciones atribuidas a Salomón. Pero no sólo allí se los encuentra: buena parte de La Biblia está escrita con un tono proverbial, propio de esos saberes que por haber sorteado casi todas las pruebas se presentan como eternos.

Tanto los griegos como los romanos cultivaron el proverbio con especial dedicación. Plinio, Séneca, Horacio, Virgilio y Lucrecio recogieron las expresiones proverbiales populares y crearon otras que alcanzaron gran difusión, popularizándose. Esto nos muestra que por el ancho río de los proverbios corren pensamientos originados tanto en los sectores subalternos como en los ilustrados y que ambos se fecundan mutuamente.

En la Edad Media, los proverbios reflejan las tensiones y conflictos de la sociedad feudal europea. Así como hay proverbios que recogen y afirman los puntos de vista populares, hay otros que trasuntan un espíritu elitista, profundamente anti-popular. Traducen también las rivalidades regionales, exaltando las virtudes de un pueblo y cargando de sentidos peyorativos la identidad de los otros. A veces esto se logra no creando nuevos proverbios, sino reelaborando en forma tendenciosa los ya existentes, dada su naturaleza tan maleable.

Probablemente fueron los clérigos los que más desarrollaron este recurso resemantizador. Pronto el mismo empezó a ser utilizado por los escritores con fines satíricos. En el Capítulo XI de su *Gargantúa*, Rabelais mezcla proverbios reales con otros de su invención, a fin de caracterizar la sucia infancia de este personaje. Otros autores llevaron a tal extremo la resemantización, que su sentido original terminó volatilizado. Sería el caso de la experiencia que hizo Villon en su *Ballade des Proverbes*.

Claro que no todos los letrados reconocieron el valor de los proverbios. El gran ascendiente que posee este género entre los sectores campesinos los hizo desconfiar. Se distinguió entre proverbios letrados, para afirmar a estos últimos y desprestigiar a los primeros, situándolos en el terreno de la no-literatura, cuando no de la ignorancia. Racine, en *Les Plaideurs*, hace hablar en proverbios a los personajes presentados como ridículos. Alfred de Musset los menosprecia, por ser a su juicio alocuciones banales y conformar un lugar común. Si



algún sentido se alza de ellos, arguye, éste resulta pronto anulado por otro proverbio de sentido contrario, lo que negaría su pretendido carácter de verdad incuestionable.

Pero más fueron los panegiristas que los detractores de los proverbios. Erasmo, valorizando esta zona del lenguaje que el pueblo comparte con los letrados, publicó varios volúmenes de adagios, comentándolos para revelar toda su riqueza. La Fontaine, que también los admiraba, hizo de ellos la trama de sus fábulas. Otros autores clásicos los convirtieron en principios fundantes de obras teatrales, tomándolos tanto de la veta culta como de la popular. El romanticismo recuperó y valorizó tanto a los viejos cuentos populares como a los proverbios, cuya antigüedad no era menor. Al acercarnos a nuestra época, los sainetes y otros tipos de obras consustanciadas con lo popular los utilizaron como ejes de construcción.

Más allá de sus contenidos ético-filosóficos, los proverbios se revisten con la oscuridad del símbolo, y a menudo significan la realidad por la vía de la elipsis, por lo que sugieren o callan. Participan así, tanto o más que la misma poesía, de la naturaleza de lo poético. A tal punto, que son muchas las poesías construidas sobre proverbios, puntas de diamantes que se destacan entre la hojarasca de su glosa. Lo curioso es que a pesar de su margen de misterio y poesía logran mantener su valor didáctico, que sirve para socializar a los niños y recordar a los adultos las normas sociales que no se pueden violar impunemente.

La facilidad con la que se apela al proverbio en una conversación es una de las marcas específicas de las sociedades orales. Es que el mismo no sólo habla de los valores y cos-

tumbres de una sociedad, sino que nos permite intuir o percibir la estructura de su pensamiento. Mientras en Europa los proverbios son considerados un lenguaje literario estereotipado, en Africa alcanzan vida propia, y con el relumbre y el ritmo de la poesía vuelan como abejas, de boca a oído. Están presentes tanto en la literatura escrita en lenguas europeas como en los discursos de los políticos y las homilias de los religiosos. El interés por ellos se incrementa día a día en dicho continente. Como señala un autor, el proverbio juzga, condena, fustiga, se sorprende, sonríe, se burla, hace muecas. Ningún aspecto de la vida escapa a su veredicto: en él los dioses son adorados, el destino es interpelado, el hombre desnudado, la costumbre exaltada o despreciada, y la juventud apercebida.

Por naturaleza, el proverbio es afirmativo, apodíctico. Pero no siempre nombra las cosas de un modo directo: con frecuencia se vale de metáforas, y hasta se recubre de un aura enigmática a fin de ampliar su campo semántico y ser utilizable en más de una situación. A veces va tan lejos en esta aventura del lenguaje, que el sentido no surge ya de un modo explícito, sino que depende de sinuosas interpretaciones que terminan por diluirlo. Pero este exceso de simbolismo no es común, pues cuando los proverbios dejan de cumplir una función son librados al olvido. Es que casi siempre éstos se presentan como un mensaje social útil, que describe una realidad y busca operar sobre ella para modificarla. Es fundamental entonces que el receptor entienda al proverbio como tal, lo que no resulta del todo fácil. Si el auditor no lo reconoce, no puede ser considerado un receptor, y la comunicación no alcanza, su objetivo. Pero quien no lo conoce, puede

reconocerlo por su estructura, por su ritmo, o por la frase que lo precede o lo sigue, señalando que se trata de una sabiduría ancestral.

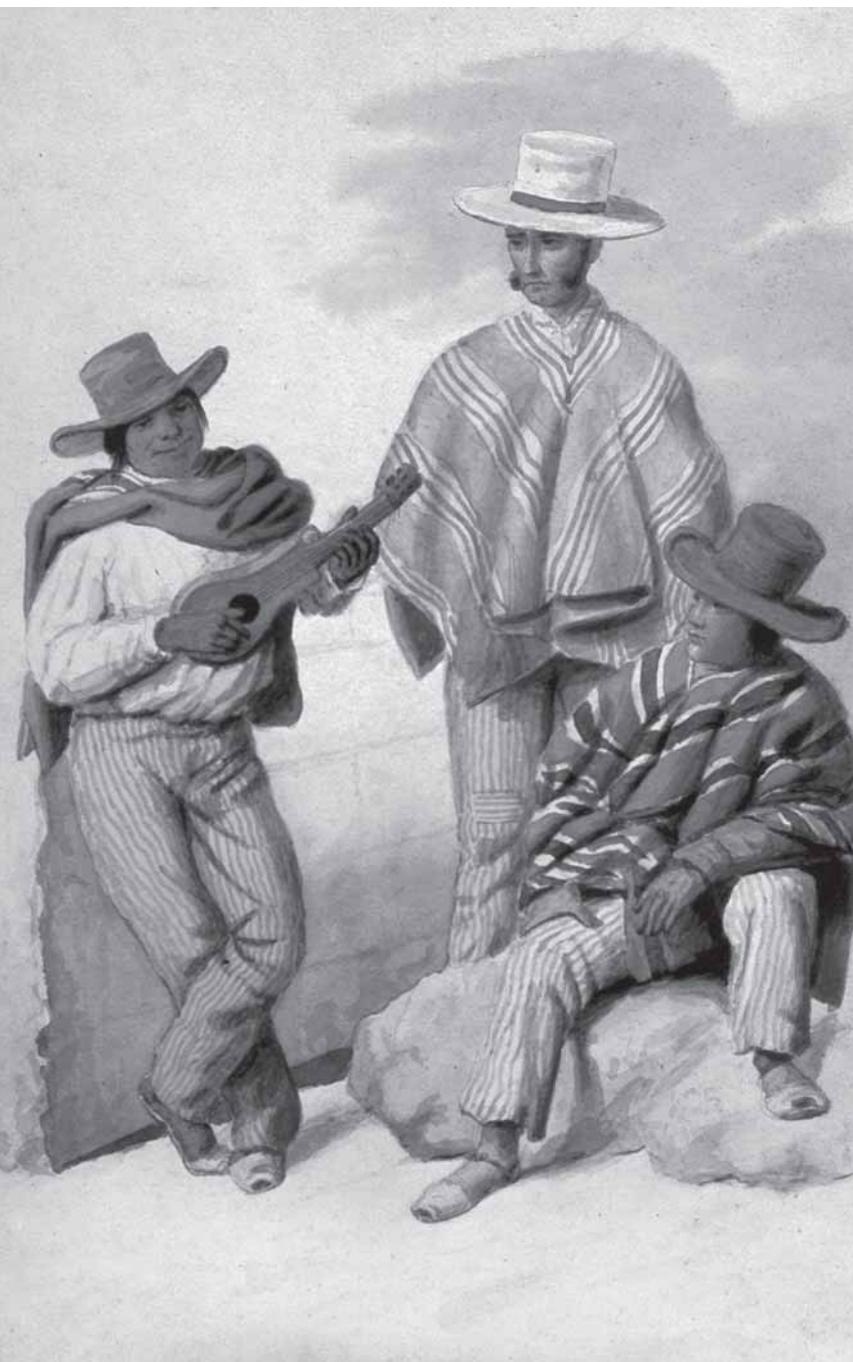
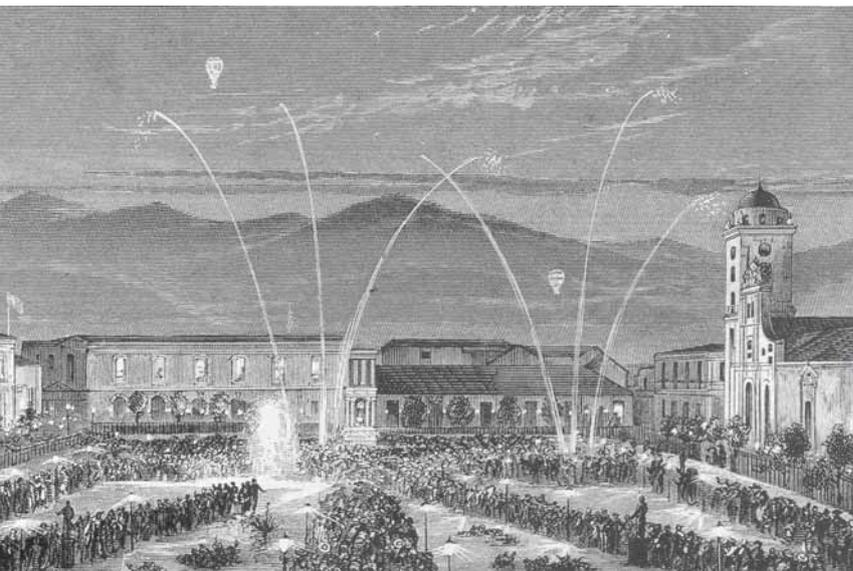
El hecho de que existan proverbios que se opongan frontalmente a otros no convierte a este género en banal, como creyera Alfred de Musset. Tal oposición permite entender que toda verdad es relativa, que lo que resulta verdadero en un contexto social y en una situación determinada, puede no serlo en otros contextos sociales y situaciones existenciales. El discurso del poder se presentó siempre como verdad única, incontestable, y lo que quieren decir los proverbios es que la realidad tiene más de una cara, y que en vez de quedarnos con la interpretación más lata y primaria debemos indagar la complejidad de los sentidos, hasta llegar a esa zona fronteriza en que la verdad deja de ser verdadera, tal como lo hacen el arte y el pensamiento profundo. O sea, que no hay verdad que no posea un cono de sombra. La circunstancia de que estos dichos populares constituyan lugares comunes no los priva de su valor filosófico, y a menudo ni siquiera de belleza, como el mismo Borges llegara a reconocerlo.

En este florido campo de los adagios, sentencias, máximas y juegos verbales la cultural ilustrada y la popular comparten sus creaciones de un modo que no se repite en otros terrenos del arte y el pensamiento. Al decir “los antiguos dicen”, nadie preguntará de qué ancestros se trata, si eran del campo o la ciudad, letrados o analfabetos. Lo único que cuenta aquí es el valor de la palabra, no su origen, el que por otra parte rara vez podrá ser precisado. Es que todo proverbio es una creación individual cuyo autor es olvidado a entrar el mismo en circulación, a menos que haya sido es-

crito y publicado, aunque en este último caso sólo los eruditos podrán nombrar al autor, no la enorme mayoría de la gente que los usa.

No obstante, no se puede interpretar esto como que el proverbio sea una zona en la que se concilian las clases sociales. Estas pueden, sí, comulgar en buena parte de los mismos, pero quedará siempre una franja contestataria, que suele coincidir con la visión más profunda de la condición humana, donde el proverbio trasciende los juegos del lenguaje para tornarse altamente sentencioso y reflexivo. Desde la sociología de la literatura y la antropología se ha criticado la costumbre bastante generalizada de analizar los proverbios como un texto separado de su enunciado social, de sus formas de utilización concreta y el discurso que lo acompaña. Trasladarlos a otros contextos sin tomar en cuenta estos aspectos implica un hecho de resemantización que nos aleja de su sentido original. Y por esta vía, también, lo que se creó para cuestionar un tipo de opresión puede ser neutralizado políticamente, leído como una metáfora sin destinatario, que se complace en sí misma, en el puro gusto de decir. Se habla por eso de situación de origen y situación de empleo, a fin de establecer una dialéctica entre ambos polos. A veces se modifica la situación de origen para ajustar el proverbio a una nueva situación, a la que se quiere criticar con las armas prestigiosas de la tradición. Otras veces, por el contrario, se lo emplea en situaciones nuevas, desactivando su vieja carga contestataria para afirmar sólo el aspecto estético o abrir el cauce a otros tipo de risa, a la risa idiota y no filosa. Como el poder suele ser superficial y serio, las armas con las que el pueblo lo combate son la profundidad y la risa. Cuando los juegos de la palabra queman, desmantelando los pomposos tinglados de la dominación po-





lítica y religiosa, estamos ya ante el fuego de la palabra, ante metáforas a menudo enigmáticas pero que no dejan de revelar no sólo la ambigüedad de lo real, sino también la falsedad del poder.

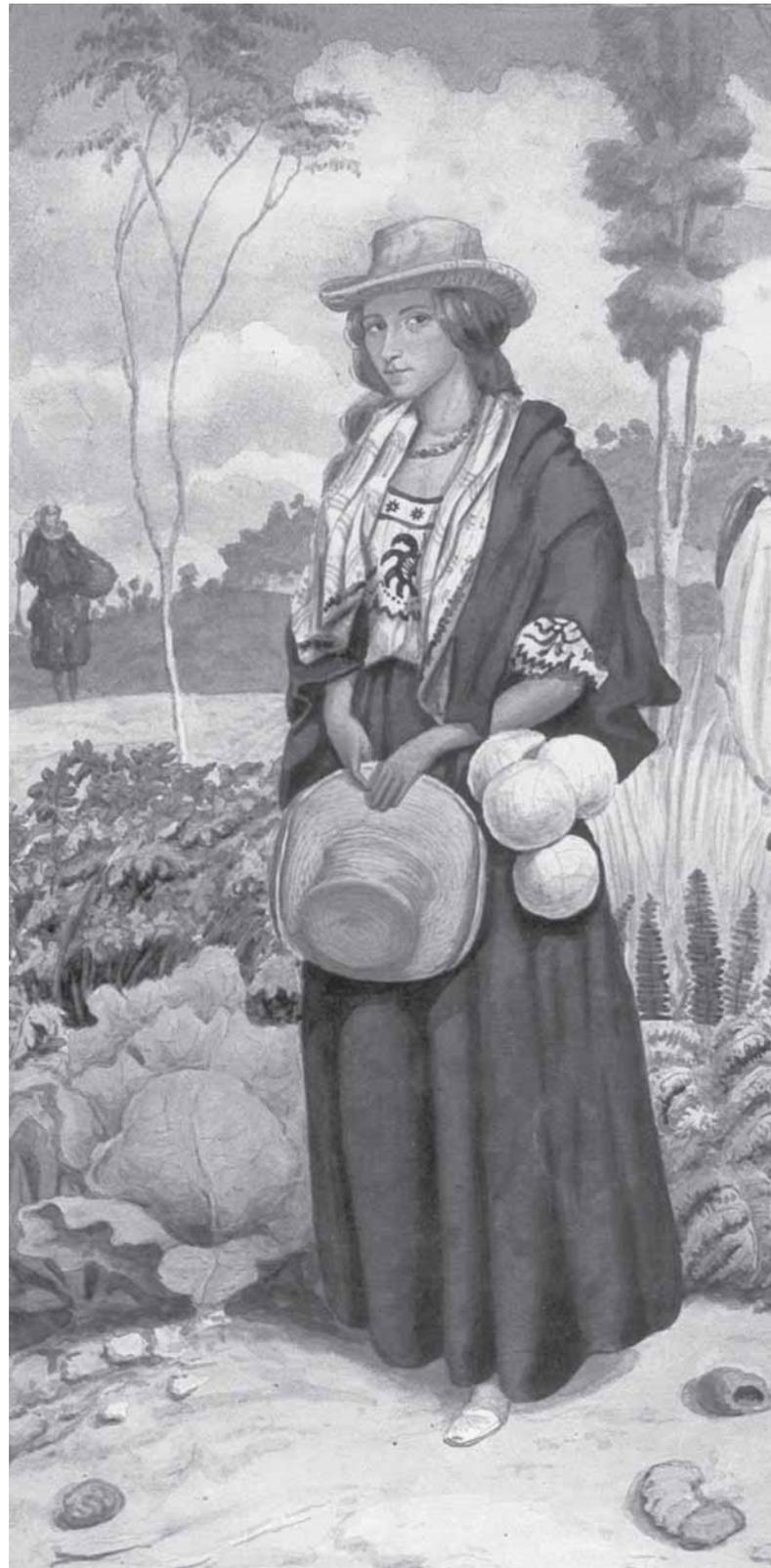
Desde el punto de vista estructural, el proverbio se compone de dos secuencias relativamente simétricas (se subraya por eso su carácter binario) y a menudo ritmadas por un juego de aliteraciones, asonancias o repeticiones, donde el sentido surge como efecto de un paralelismo o de una oposición. Por su brevedad, la fuerza de las imágenes a las que apela y sus numerosos recursos estilísticos, se fija con facilidad en la memoria. A su vez evidente y enigmático, conforma una obra de arte en miniatura, que fortalece el ethos social en los sectores populares y suscita la admiración de quienes exploran su sabiduría y su estética desde la cultura ilustrada.

Por lo común, el proverbio no se propone emular el rigor de la ley ni se postula como un dogma inquebrantable, Por eso no apela normalmente a una imagen acabada, sino que pone en contacto dos o más imágenes, confiando en la capacidad de las mismas de instruir un sentido. O sea, mediante la asociación de ideas activa los mecanismos del pensamiento. Su intención es transmitir una experiencia antigua a quien quiera oírla, y no suplir a la ley. A pesar de su valor universal, tal experiencia se presenta como regionalizada, y expresa por lo tanto una racionalidad anclada en un territorio, o más precisamente, en un sistema simbólico específico. En esto no cuenta su origen, pues cuando llega de otra parte es legitimado por la vía de la adopción, la que suele incluir una adaptación una resemantización.



A menudo los proverbios tienen una función más lúdica y catártica que social, al producir un relajamiento de las tensiones generadas por el rigor de los códigos sociales. Además de ayudar a resolver una situación conflictiva trayendo a colación la sabiduría de los antiguos, sirven para ejecutar la memoria, enriquecer el vocabulario, facilitar el aprendizaje al fijar conceptos en los niños y jóvenes y mejorar su articulación de los fonemas de la lengua.

En la mayoría de los proverbios hay una imagen dominante y otra que se le subordina. El carácter dominante de una imagen no está dado por el poder político, sino por las funciones que cumplen dichos elementos en una determinada cultura. Los sistemas de colonización han manipulado esto con frecuencia, convirtiendo a la imagen dominante, situada por la cultura en una mayor escala jerárquica, por considerarla más valiosa, en una imagen dominada, no ya por otra imagen de menor rango dentro de la misma cultura, sino



por los fetiches de la cultura colonizadora cuyo valor ético suele ser inferior. Hoy dicho esquema se repite en la cultura de masas, la que se apropia no sólo del estilo y la técnica de los proverbios para construir sus



propias máximas, sino que manipula los proverbios tradicionales a fines de convertirlos en slogans que ayuden a vender sus productos industriales o políticos, tras vaciarlos por cierto de todo contenido profundo y contestatario. Pero como ocurrió siempre en las sociedades de clase y en los contextos coloniales, la confrontación de los proverbios estará marcando los dos caminos que el hombre puede seguir: el que lo afirma en sus tradiciones y por lo tanto en su identidad social, y el que lo aleja de ellas, dándoles la espalda para adoptar el modelo de cultura dominante.

Por su carácter simbólico, los proverbios, como se dijo, son polisémicos, pero su polisemia se restringe y hasta desaparece en el marco de la situación concreta en que se emplean, tanto social como cultural. Cada cultura jerarquiza los objetos y las conductas de un modo particular, no homologable al de otras. Elementos cargados de significado en un ámbito pueden no tenerlo en otro, y en esto radica la mayor dificultad de las transferencias.

Como vimos, cuando los pueblos adoptan un proverbio que proviene de otro ámbito, lo adaptan y resemantizan, pero no es ésta una tarea que corresponda a un traductor literario, por más traidor que sea. Podrá ha-

cer retoques para salvar el sentido de un proverbio, pero siempre habrá una pérdida de unidades semánticas (semas). Con la traducción no sólo sufre el aspecto semántico, sino también el estético. Por lo común la poesía oral no se sustenta en la rima y el metro, sino en el ritmo, y los proverbios, a pesar de su brevedad, poseen un soplo rítmico, dado por su misma estructura.

Vimos ya que todo proverbio posee, además de un aspecto semántico (en cuya interpretación inciden lo cultural y lo social) un aspecto estructural y un aspecto estético. A menudo, la fidelidad al primero en la traducción lleva a manipular su estructura y a la degradación del plano poético, aunque en algunos casos se opte por resaltar este último en detrimento del primer aspecto. Es una dificultad que se presenta a toda traducción, y de la que no siempre se sale bien librado. Pero no se puede sortear dichos escollos por medio de la traducción literal, que a menudo resulta más infiel al sentido que una exagerada transposición.

Los griegos llamaban *paremia* a estas fórmulas lapidarias, y hoy se denomina *parmiología* a la disciplina que estudia los proverbios. Esta comenzó a desarrollarse en Europa en base a los ejemplos y tradiciones de la cultura occidental, pero en los últimos años se dio un notable avance de la *parmiología* africana, que abre nuevos puntos de vista y permite una confrontación. En América Latina el tema ha sido poco estudiado en sus aspectos teóricos, aunque no faltan recopilaciones de proverbios, llamados aquí por lo común “refranes, palabra que proviene del francés “refrain”, y que significa estribillo, cantinela, En esta nota vimos que el proverbio es mucho más que eso, por lo que tal caracterización está dando cuenta del escaso valor que le asigna Occidente.